

EL CASABEL



Núm. 5.º EPOCA TERCERA Año I.



—Me retiraré prontito á la Pradera de Guardias, no crean estos obreros que soy algún burgués.

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo).
Cávia (D. Mariano de).
Jackson Veyan (D. José).
López Silva (D. José).
Palacio (D. Eduardo de).
París (D. Luis).

Paso (D. Manuel).
Pérez Zúñiga (D. Juan).
Sierra (D. Eusebio).
Taboada (D. Luis).
Torromé (D. Rafael).
Yráyoz (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).
Cilla (D. Ramón).
Escaler (D. Ramón).

González (D. Melitón).
Sáenz Hermúa (D. Eduardo) (*Mecachis*).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



—Señoras y señoritas:
el gran Hipócrates man-
da que no se lleven los
sombreros tan grandes.

—Y ¿en qué capítulo manda eso el gran Hipócrates?

—¡En el capítulo de los sombreros!

Así hablarían el Sganarelle de Molière y el Bartolo de Moratín, si se refundiera hoy *El médico á palos*.

Ya es cuestión de higiene pública, y hasta cuestión médico-social, como las novelas de López Bago, el desarrollo que dan nuestras contemporáneas (nuestras *coevas*, según Pereda) á esos armatostes de trapos, cintas, flores, plumas y hortalizas, con que se cubren la cabeza y nos descubren... su mal gusto.

Por poco propenso que sea un individuo á la neurosis, enfermedad del siglo, puede contarse entre los atacados por ella con sólo ir al teatro y «caer» (ó *caerse*, mejor dicho), detrás de uno de esos sombreros colosales, cuyo decorado reemplaza el de la escena, para desesperación del mísero espectador, y aun del mísero Giorgio Bussato, que dice amargamente:

—¡Pinte V. trastos para que se los tapen á V. estas señoras con los suyos!

No van á tener los escenógrafos más remedio que dedicarse á decorar sombreros de señora. En los teatros no hay más trastos visibles que los trastos femeninos. (Sin contar, claro es, los trastos masculinos que obstruyen durante los entreactos el pasillo central de las butacas.)

Para ir ahora al teatro—al patio, se entiende—hacen falta una calma y una paciencia incompatibles con el desequilibrio y alteración de nuestros nervios. Con el billete de la localidad, debían repartirnos las empresas frasquitos de bromuro, ya que no se deciden, como ha empezado á hacerse en América, á disponer que las damas dejen los sombreros en el guardarropa.

Esto es casi imposible en Europa, porque si las señoras van á butacas con esos sombreros-Leviathan, *chapeaux-Eiffel* y capotas-Delirium, es precisamente por lu-

cir esos molestos y extravagantes caprichos de la moda.

Pero si es casi imposible importar aquí la laudable costumbre americana, ¿no será *factible*, como dice Fabié, ó *hacedero*, como dice Isasa, una cruzada suave y cariñosa para convencer á las señoras de que al teatro deben ir con sombreros chiquitos, reducidos, minuculos?

¡Y que no son bonitos esos sombreros pequeñitos!

Siempre recordaré con deleite y fruición el que tuve la suerte de tener delante de mí en la noche del estreno de *La niña mimada*. Siempre asociaré al recuerdo de esta comedia el de aquel sombrero monísimo, formado por un tejido de hilos de oro, con unas á modo de esmeraldas, y digno de ser reproducido por el antiguo pincel del Veronés ó por el moderno de Villegas...

¡Bendita y alabada la mujer elegante y distinguida que sabe ataviarse sin molestar al sexo débil (antes fuerte)!

Cuando acabó la representación de *La niña mimada*, cuyas escenas todas seguí sin perder detalle alguno, no pude menos de aplaudir... á aquel sombrero.

Pero, ¡qué pocos de éstos caen en libra!

Los que caen en arroba—y aun en tonelada—son los otros, los sombreros invasores, los sombreros absorbentes, los que están pidiendo á voces un 1.º de Mayo universal, ó al menos, un 2 de Mayo particular.

A este linaje de insufribles sombreros pertenecía el que tuve delante (¡no siempre se da con capotitas como la de anoche!) la noche de la apertura del circo de Price.

Toda la pista desaparecía detrás de él: toda la pista, con clowns, gimnastas, *ecuyères*, caballos... ¡Ni siquiera se podía ver á Antonio Pérez, que no es mocò de pavo!

Tuve que renunciar á ver el espectáculo, y ya iba á retirarme, cuando salió un clown, que á juzgar por las risas del público y por los comentarios de mis vecinos, debía de tener gracia.

—¿Ostede quieren verr una señorrita en London?
Y el payaso imitaba los gestos y andares de una *miss* inglesa.

—¿Ostede quieren verr una señorrita en Parrís?
Y el clown remedaba los andares y gestos de una *cocotte* del boulevard.

—¿Ostede quieren verr una señorrita en Madrrid?
—¡Bah!—dije para mis adentros;—ya sé lo que se pondrá ahora este tí... Algún mantón de pelo de cabra, pañuelo á la cabeza como las chulas, y navaja en la liga.

Pues no, señor; el clown era más listo, y más modernista, y más observador que todo eso. Según pude ver, poniéndome de pie y levantando la cabeza por encima del colosal sombrero que tenía delante, el clown remedaba á las madrileñas (á las cursis, por supuesto), poniéndose un sombrero colosal, idéntico en forma, color y dimensiones al que me había estado ocultando la vista del espectáculo.

—¡Bravo!—grité entusiasmado.

La gente se volvió hacia mí, pero no me vió. Lo que vió fué el gigantesco sombrero de mi vecina, y... el éxito fué completo.

Hasta hubo «pillín» que supuso que todo era un «efecto» preparado por el clown.

¡Una especie de dúo de los sombreros!

Pero estas bromas no pueden repetirse, y los empresarios de teatros—que son los principalmente interesados en el asunto—deben ir pensando en que muchas personas se retraen de comprar una butaca por horror al sombrero imprevisto, y en que hace falta, por consiguiente, ir tomando medidas, á fin de reducir las de los sombreros femeniles.

¿No se podría anunciar un regalo, por ejemplo, á la dama que se presentase con el sombrero más cuco y más pequeño?

La entrega del regalo á la dama premiada daría lugar á una «manifestación de adhesión y simpatía» por parte de todos los que estamos obligados á permanecer descubiertos durante el espectáculo, y claro está que con esa manifestación vendrían las consiguientes chirigotas é indirectas en «honor» de los sombreros gigantescos.

Con todo, hay que proceder con mucho tacto, pues de damas se trata.

Y de damas levantiscas (á juzgar por lo levantisco de sus chapeos) que se nos pueden declarar en *juerga* permanente y echarse á la calle, y ser ellas las que nos armen un 1.º de Mayo con sus tres *ochos* correspondientes:

¡8 METROS DE MOÑO!

¡¡8 METROS DE CINTA!!

¡¡¡8 METROS DE PLUMAS!!!

MARIANO DE CÁVIA.

OIGÁMOSLE

Un caballejo tordo
de esos de edad incierta,
porque en la boca el pobre
dejó ya de tenerla;
mientras está á pie quieto
atado á *la manuela*,
viendo en sus corvejones
lo mucho que flaquea;
harto de garrotazos
y de arrastrar las ruedas,
al paso, si *por horas*,
y al trote, si en *carreras*;
mientras que su verdugo
visita la taberna,
así, tascando el freno,
hilvana sus *ideas*:
—«¡Si pensarán los hombres
que un animal no *piensa*,
por más que la cebada
le tase sin vergüenza!
Pegando tropezones
por calles y plazuelas;
sufriendo del auriga
trancazos y blasfemias;
sin *punto* de parada
los días en que llueva,
llevando á más de un pillo
que roba las pesetas,
ó con el peso impúdico
de Venus Citerea,

¿habrá más *arrastrada*
y mísera existencia?...
Quince horas de trabajo,
sin disfrutar la siesta;
jornales en cebada,
poquitos y con merma.
Y *pienso*: Si los hombres,
los de la clase obrera,
comidos y bebidos
y libres en las fiestas,
vienen en son de alarma
á declararse en *huelga*,
y piden tantas cosas,
y Dios se las conceda,
¿qué hemos de hacer los pencos,
los de mi baja esfera,
que del corcel de lujo
somos escarnio y befa?
¿Por qué desigualdades
odiosas entre bestias?
¿Por qué á mayor trabajo
más limpia pesebrera?
¡Oh! si mis compañeros
tirasen de estas quejas,
los brutos del pescante
tendrían más conciencia.
Si no, ¿qué hacer? A coces
romper las *limoneras*,
y destrozár *tirantes*,
y sálvese el que pueda,

ó caiga de la plaza
de toros en la arena,
y allí, entre *monos sabios*,
acabe tanta afrenta.»

—No *pensó* más el penco;
cobró *el simón* las riendas,
dióle tres latigazos

entre las dos orejas,
y fué á ver si *cargaba*
camino de las Ventas,
alegre con las copas
del falso Valdepeñas.

EDUARDO BUSTILLO.

EN FAMILIA

«Se desea un caballero para vivir en familia.»

—¡Hombre!—dije yo al leer el anuncio que antecede.—Voy á realizar uno de mis más dulces sueños. Vivir en familia, ¡qué felicidad!

Y me fuí á la calle del Gato, 14, tercero.

—¿Es aquí donde se desea?...

—Sí señor, aquí es,—contestó una señora de rostro plácido que ocultaba sus formas bajo una bata color de canela.—Pase V.

Tras la señora apareció un caballero chiquitín, con antiparras, y dos niños, el mayor de los cuales podría tener unos siete años, y el menor tres ó cuatro.

—Siéntese V. donde guste,—siguió diciendo la señora después de conducirme á la sala.

Fuí á sentarme en el sofá; pero no me lo permitió el caballero.

—Ahí no,—me dijo;—siéntese V. en esta mecedora, porque al sofá se le han saltado los muelles, ¿sabe V? Estuvo aquí el otro día la madre de ésta (de la señora), y nos pusimos á disputar sobre si Fabié es picado de viruelas; entonces ella, en un momento de ira, quiso echarme las manos al cuello, y yo, para defenderme, le dí con una silla baja en la cabeza.

—No me lo recuerdes,—interrumpió la señora lanzando un suspiro.

—Entonces la madre de ésta, que tiene un genio terrible, no pudiendo desahogarse conmigo, se tiró sobre el sofá y ahí estuvo más de media hora pataleando y mordiendo el reps... Mire V. cómo lo ha dejado todo.

—Pues yo venía con el propósito de vivir con Vds. Estoy cansado de luchar con patronas inciviles y huéspedes importunos—dije yo.

—No me hable V. de las casas de huéspedes—agregó la señora.—¡Son aborrecibles!

—Aquí estará V. muy bien—añadió el esposo.—No hay como la vida de familia.

—Aunque nos esté mal el decirlo, tenemos muy buen carácter y somos muy cariñosos—dijo la señora.—Hasta hace poco tiempo ha vivido con nosotros un músico mayor de cazadores; pero tuvo que marcharse á su pueblo para asistir al parto de una tía suya, primeriza. Era una persona muy decente y nosotros le queríamos muchísimo. En fin, las noches que se quedaba en casa las pasábamos todos juntos en el comedor jugando á cualquier cosa. Unas veces se subía mi marido encima

de él y yo con unos zorros le pegaba en la nuca; otras veces le vestíamos con la ropa de la criada y le hacíamos cantar el jaleito de Cádiz, de pie sobre la mesa. Cuando se despidió de nosotros lloraba como un chiquillo.

—Solo estuvo malo una vez que se tragó la boquilla de un cornetín; pero le asistimos con el mismo interés que si se tratara de un hijo. Unas veces le daba ésta las friegas; otras veces yo, y otras veces un cuñado mío, que es bajo cómico y tiene aprobados dos años de medicina.

El caso fué que yo, sin saber donde me metía, convine con aquel matrimonio en trasladar á su casa mi equipaje, é irme á vivir allí en paz y en gracia de Dios.

Y 24 horas después me hallaba sentado á su mesa, en clase de huésped *familiar*, con Felipín á la derecha y Juanito á la izquierda; los papás de ambas criaturas se sentaban enfrente de mí, sin duda para espiar todos mis movimientos.

—Nada, nada; mucha franqueza—decía D. Fidel, que así se llamaba el jefe de aquella familia.—Ya se convencerá V. de quién somos nosotros. Al instante le cogemos cariño á las personas. ¿Quiere V. unos garbanzos?... ¿No? Pues no insisto; lo que deseo es que nos trate V. con entera libertad. ¿Le pongo á V. longaniza? ¿Un poquito, eh? Corriente. Aquí va V. á estar como en casa de sus padres, ó mejor, si á mano viene...

A todo esto, Felipín, que era el más pequeño de los dos muchachos, sin esperar á que el autor de sus días le sirviese cocido, se entretenía en comerse los garbanzos de mi plato, valiéndose de sus cinco dedos, que por lo sucios, parecían cinco sanguijuelas; el otro chico se apoderaba de mi pan, y después de manosearlo á su antojo, volvía á ponerlo sobre la mesa, diciéndome con la mayor tranquilidad del mundo:

—A mí me gusta mucho la rosca.

—Son muy monos, ¿verdad V?—preguntó la mamá aludiendo á los frutos de su vientre.

—Sí, señora—contesté yo.

—No nos trate V. con ese respeto—objetó D. Fidel. Y para darme una prueba de su cariñosa confianza, me arrojó un garbanzo á las narices.

Yo me sonreí, y entonces él, animado por mi benevolencia, ¡pum! me tiró un pedazo de rosca.

—Conteste V.—dijo D. Fidel soltando la carcajada. Como el golpe me había dolido, cogí el aro de la servilleta, que era de bog leptuno y ¡zás! se lo tiré á la cabeza.

Entonces comenzó un fuego graneado de migas, me-

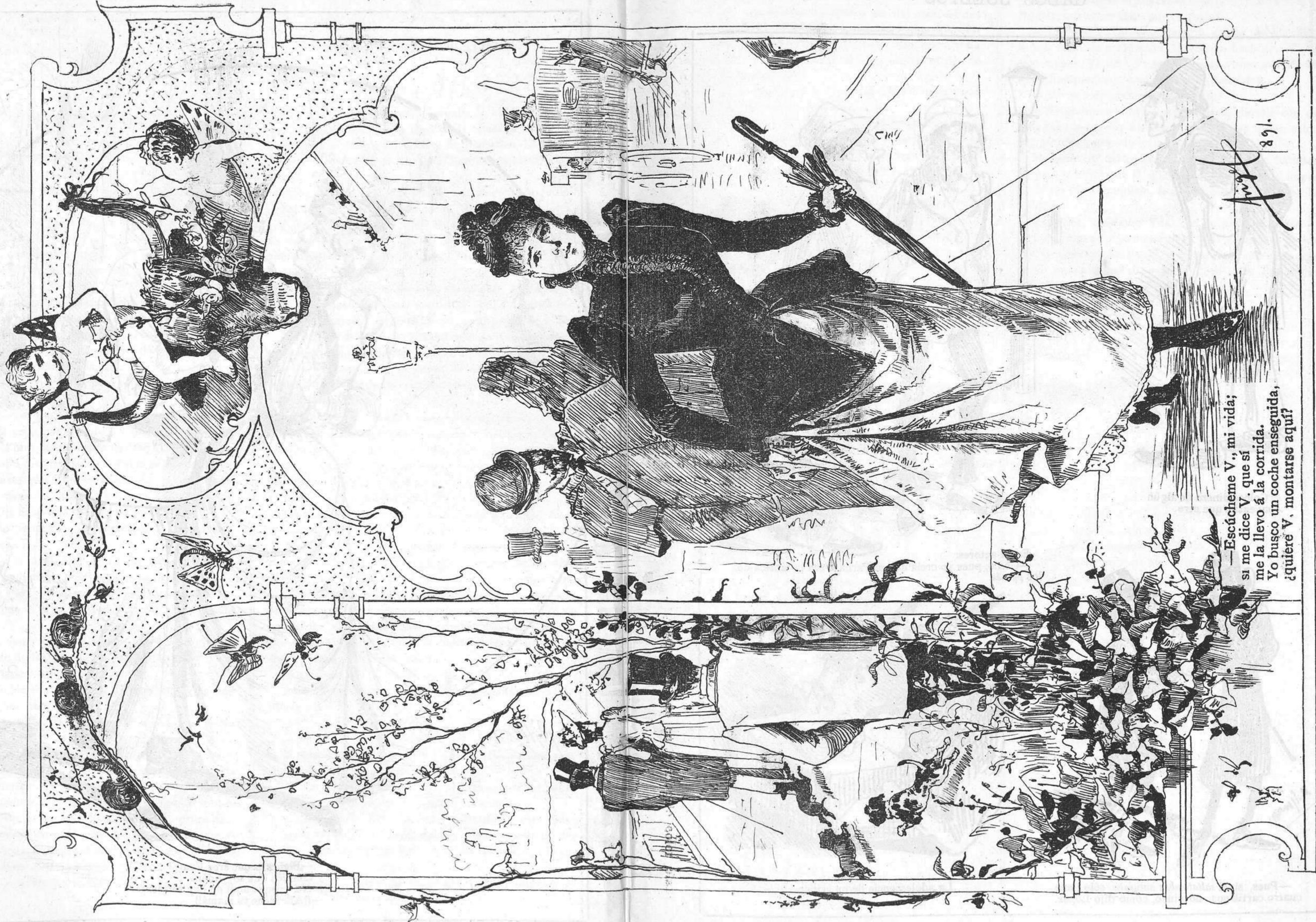
EN EL PARAÍSO



Pillarini

—Figúrate que eres Eva.
y también que soy Adán.
—No, porque aquí no hay serpiente.
—(¡Allí viene tu mamá!)

LAS PRIMERAS CORRIDAS



—Escúcheme V., mi vida;
si me dice V. que sí
me la llevo á la corrida.
Yo busco un coche enseguida,
¿quiere V. montarse aquí?

891.

Cascabel

CABOS SUELTOS



Colóca dinero de algún conventito que otro.



Entre actores:
—Chico, pues yo creía que el Parnaso era la fábrica de los *parnés*.



—Pues, sí; el *saltatumbas naturalis*, sólo tiene cuatro cartilagos, no cinco, como dijo López.



La adolescencia de un crítico.

dios panecillos y pedazos de patata, que era lo que había que ver. Todos disparaban algo, hasta Felipín, que disparó contra su padre la tapa de la salsera, produciéndole un chirlo en la frente.

—¿Ve V. esto?—dijo la señora de la casa.—Pues cuando estaba aquí el músico mayor, todos los días hacíamos lo mismo. Yo de este ojo no veo nada, y ha sido de un botellazo que me dió mi esposo el día de Pascua de Resurrección.

—A mí la franqueza y el cariño son las cosas que más me gustan—decía D. Fidel.

Y echó mano á mi petaca, apoderándose de tres ó cuatro pitillos; después me pidió un fósforo y después me dijo que tenía que salir á ver cómo seguía un senador vitalicio amigo suyo, á quien había atropellado un macero.

—Vaya V. con Dios—le dije yo, guardando la petaca, por si acaso.

El hombre besó á los pequeñuelos; le tiró un pellizco á su mujer en mala parte y abandonó el comedor. Diez minutos después oí que cerraban la puerta de la escalera. Era D. Fidel que salía.

Yo me fuí á mi cuarto con ánimo de poner en orden mis ideas.

¡Qué escándalo! D. Fidel había estado allí antes que

yo, y después de usar mi cosmético y mis peines y mi jabón y mi toalla había concluido por llevarse un gabán mío.

—Señora—grité desesperado,—¿quién ha estado aquí? ¿Quién me ha revuelto mis chismes?

—No haga V. caso—contestó la esposa de D. Fidel.—Son cosas de mi marido. Lo mismo hacía con el músico mayor. Ya sabe V. que nosotros somos partidarios de la franqueza... Anda, Felipín, desnúdate.

—¿Se va á desnudar en mi cuarto?

—Naturalmente. El pobrecito quiere dormir con usted, porque es muy friolero y le gusta que le den calor. No dirá V. que no le tratamos como de la familia.

No quise oír más; metí en el baul todos mis bártulos; llamé á la señora de D. Fidel, y entregándole el importe de un día de pupilaje, le dije echando fuego por los ojos:

—Señora, quédense Vds. con su vida de familia y con sus expansiones domésticas, que yo me voy á dormir á la posada del Peine; y dígame V. á su esposo, que si no me devuelve el gabán, le llevo á los Tribunales, con toda su franqueza y todo su cariño.

LUIS TABOADA.

DIOS NOS COJA CONFESADOS

¿Sabéis qué conversación tuvieron antes de ayer, en mi portal, un peón de albañil y su mujer?

Esta que voy á copiar, sin omitir ni una coma:

ELLA. ... ¿Y todo eso va á pasar?

EL. Por estas cruces, Geroma.

ELLA. Es que casi me desmayo con las cosas que me dices.

EL. Desde el primero de Mayo vamos á ser muy felices; porque va á llevarse el viento todo el régimen social, y vendrá el desquiciamiento del diluvio universal.

ELLA. Eso es hablarme en latín.

EL. Pues la cosa es muy sencilla. Quiero decirte, que al fin se va á volver la tortilla.

El amo será criado y el que es pobre será rico.

ELLA. ¿De veras? A tí te han dado mucho jarabe de pico.

EL. No tal. El día primero me como yo la asadura del casero, y el casero será entonces este cura,

Verás amasando cal al marqués del Arrebol, y al vizconde de la Sal machacando piedra al sol.

Verás á algún magistrado segar la miés en estío, y á la duquesa del Prado lavar mi ropa en el río.

Verás al conde de Atienza dando al fuelle de una fragua, y al obispo de Sigüenza conduciendo cubas de agua.

Verás vendiendo pucheros al general Palomino y á los actuales banqueros haciendo bancos de pino.

Verás con gorra y chaqueta más de un ministro y de dos, tocando la pandereta por esas calles de Dios.

¡Cuántos, que hoy son senadores, han de servir para ser serenos, y conductores de carruajes de alquiler!

¡Cuántos memos extra-finos que andan hoy en carretela, venderán luego pepinos ó bizcochos de canela!

Mientras el cambio no cuaje,
harán resistencia; pero
¿para qué sirve el coraje
que da Dios al jornalero?

Sin reparo y sin clemencia
robaremos lo posible,
y si vemos resistencia,
¡la matanza será horrible!

Justo es que el pueblo no gima.
Yo ya no busco trabajo,

pues todo el que hoy está encima
va á estar mañana debajo.

ELLA. ¿Luego ya voy á estar yo
encima siempre?

EL. Si tal.

ELLA. ¡Pues, qué quieres, eso no
me parece natural!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

LA NIÑA MIMADA

¿No habéis experimentado nunca un aburrimiento feroz, inextinguible y británico, que entumece los músculos, destruye la sensibilidad y aploma hasta el anonadamiento absoluto?

Es indudable que sí. Tal vez en los circos, contemplando las interminables vueltas de los caballitos amaestrados; tal vez, —¿qué tal vez?— seguramente en la noche del lunes próximo pasado, presenciando en el teatro de la Comedia la primera representación de *La niña mimada*.

¡Qué soporífera comedieja!

¡Qué aburrida serie de escenas semi-bufas, semi-sán-dias, sin interés de ningún género, desprovistas de todo atractivo, de toda novedad y de todo mérito!

Si no fuera porque cualquier obra teatral, por mediana que resulte, merece alguna consideración del público, siquiera por la intención del autor, que como el valor de algunos militares debe suponerse buena, me vería yo dispensado ahora del enorme esfuerzo que me cuesta consignar estos apuntes acerca de la última (?) producción de Miguel Echeagaray.

La niña mimada durará poco. Como casi todos los niños mal criados, está en quencle y raquítica; ha nacido muy débil, entre protestas y bostezos, y su vida lánguida y enfermiza no será muy larga.

Con ella terminaron, según creo, los estrenos de la temporada presente en la Comedia, y es lástima que semejante final no haya sido capaz de recordarnos el adagio toscano «Finice bene...», etc.»

¡Qué campaña más desgraciada! Ya el Sr. Mario habrá podido convencerse de la lealtad de las observaciones de la crítica honrada é independiente, que al comenzar la temporada le advertían los riesgos corridos durante su curso. Nunca es tarde si la dicha llega (y va de refranes), y si, como debe esperarse de su buen deseo, el Sr. Mario introduce para el año próximo reformas necesarias en su compañía, que no sea parco ni blando para cortar de raíz los defectos de la actual.

¡Qué interpretación más desigual la de *La niña mimada*!

La Srta. López Egea, que comienza su carrera en estos momentos, á pesar de sus buenas aptitudes, no puede representar aún papeles para los que sólo la recomiendan su figura y su edad.

La Sra. Guerra—lo mejor de la casa—discretísima como siempre, en su antipático personaje. La señora Bernal y los Sres. Rossell y Mario, llenando los huecos. La Srta. Martínez, fría é insensible, como de costumbre; el Sr. Balaguer accionando eternamente con sólo un brazo, y el Sr. Sánchez de León, completamente descompuesto de puro afectado. ¡Qué modo de hablar, subrayando hasta las frases más triviales, qué modales más cursis y más fuera de carácter y situación, qué risitas y qué saltitos tan inaguantables!

¿Le parece al Sr. Mario que con esos heterogéneos elementos se puede obtener un buen conjunto? Seguramente que no, y me atrevo á sospechar que su juicio se habrá anticipado á mis impresiones.

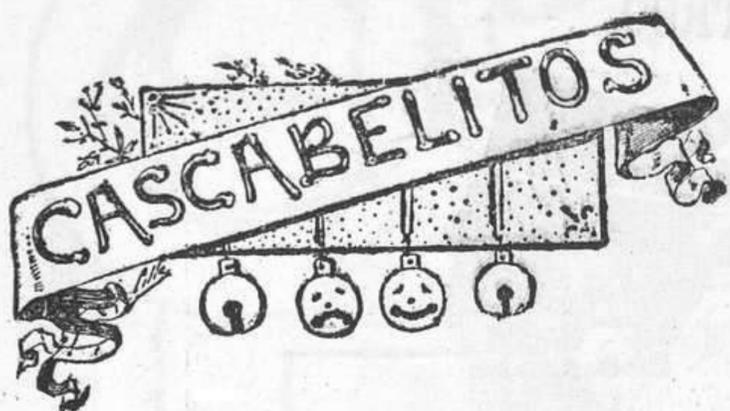
Faltan en el teatro de la Comedia una primera actriz y un galán joven. El Sr. García Ortega (D. Luis) me parece irremplazable para lo que los franceses llaman (y el Sr. Mario ya me entiende) *premier role*, que no es ni un galán joven ni un característico; pero en cambio, creo que el Sr. Sánchez de León ocupa un puesto que no le pertenece. Quizá sus aficiones le lleven más arriba y sus aptitudes más abajo; pero es lo cierto que como galán joven, ni resulta, ni convence. Tal, al menos, es mi franca opinión.

Dura será la temporada artística del año venidero si, como se asegura, actúan en Madrid cuatro compañías dramáticas.

Sírvanle, pues, al Sr. Mario, las dolorosas experiencias de la presente de acicate para redoblar sus esfuerzos, y no olvide sobre todo, que el público con sus aplausos, y los autores con sus obras, sin prejuicios ni reservas mentales, apoyarán decididos á quien presente la mejor y más completa compañía.

Conque... ¡á podar y hasta el año que viene!

LUIS PARÍS.



Moltke arriba, Moltke abajo, Moltke el grande, el incomparable, el magnífico.

Y dice *El Imparcial* que su dureza inflexible tocaba en crueldad; que en el sitio de París, entre el bombardeo y el hambre, prefirió el primer medio de asedio, sin respetar las vidas de muchos inocentes; que *deseaba aniquilar al vencido*; que...

Siempre se aprende ¡oh, Fabio! Nosotros creíamos que un hombre de esas condiciones era despreciable, y la prensa de todos los países nos demuestra lo contrario.

Reconocemos nuestro error y nos descubrimos respetuosamente.

«Que duerma en paz
el general.»

*
**

Aquí también tenemos hombres ilustres é ilustrados.

El gobernador de una importante provincia *armó bronca* hace pocos días con un actor que, por exigirle la obra que representaba, habló desde las butacas.

Y los maldicientes aseguran que cualquier hombre de mediano criterio hubiese conocido la verdad.

Cualquier hombre, sí.

Pero se trata de un gobernador.

Y los gobernadores tienen sus criterios aprobados por el Gobierno de S. M.

*
**

Después de comer moras, Periquillo,
besó á su novia y se marchó el muy pillo;

pero la pobre Pura,
se encontró al poco rato con el cura,
que preguntó escamado:

—Chica: ¿quién te ha besado?

no niegues, me lo han dicho.

—Pues mire V., señor, no ha sido nadie;
me he besado yo misma... por capricho.

ALBERTO LOZANO.

*
**

El descendiente de Edmundo Dantés, describiendo un concierto, dice:

«Aplausos espontáneos, nutridos y entusiastas, coronaban cada una de las piezas del concierto.»

Antes eran gotas religiosas que entraban en el templo; ahora, piezas coronadas.

¿Y en dónde les pusieron las coronas?

Meditemos.



Sr. D. A. P.—Con algunas correcciones, serviría. ¿Se las digo?

Sr. D. A. R.—Mal medidos los versos, y el asunto bastante manoseado.

C. B. D. O.—A ella debe de interesarle mucho. Y eso de que los ojos de una mujer alumbran los *senderos de su amante*, sólo ocurre en el mundo de los espíritus.

Sr. D. L. G. López.—Están bien hechos; pero los chistes resultan algo... es decir, no resultan.

Yo solo.—Extraordinariamente candorosa.

Lucifer.—Poquita cosa y poquito asunto.

Gigante.—Con franqueza: ahora me gustan menos.

E. Duardo.—¡Gran Dios! ¡Qué colección de indecencias tan mal escritas!

Pegote.—Con esa misma idea hizo ya un soneto Manuel del Palacio.

Sr. D. A. S.—Vulgarísimos.

El de *La Seductora*.—Repito lo que ya le dije, y copio:

«Y en tus pupilas claras y hermosas
brilla serena la luz del día,
y tus miradas son tan sabrosas
como la esencia de la ambrosía.»

¡Esencia sabrosa! Continúo:

«¿Quién no te adora?
flor de la corte, luz de la aurora,
¿quién no te busca tarde y mañana?»

Pues el que lea toda la composición; porque muere en el acto.

Pirindola.—Demasiado conocido el final.

Fra-Diavolo.—Chinchón.—Algunas, sí.

Sr. D. B. J. B.—Gracias por el mucho favor. La idea es buena; pero ponerla en práctica, ¡imposible!

Sr. D. R. S. A.—Logroño.—Los giros poéticos, afectadísimos, y la forma incorrectísima; por lo demás, la composición, en general... remalísima.

M. A. T.—Madrid.—¿Que no volverá V. á mandar nada? ¡Perdón, señor elefante!

Cohete-Polo-Santo.—Irún.—Hay que buscar asuntos que agraden al público y no á las bellas, más ó menos novias de los escritores.

Intercadencias.—¡Si tuviera otro final! Porque es muy bonita esa composición.

Fray Ripios.—Igual que la de *Intercadencias*.

Pepino.—Tiene V. una buena condición: la de reconocerse.

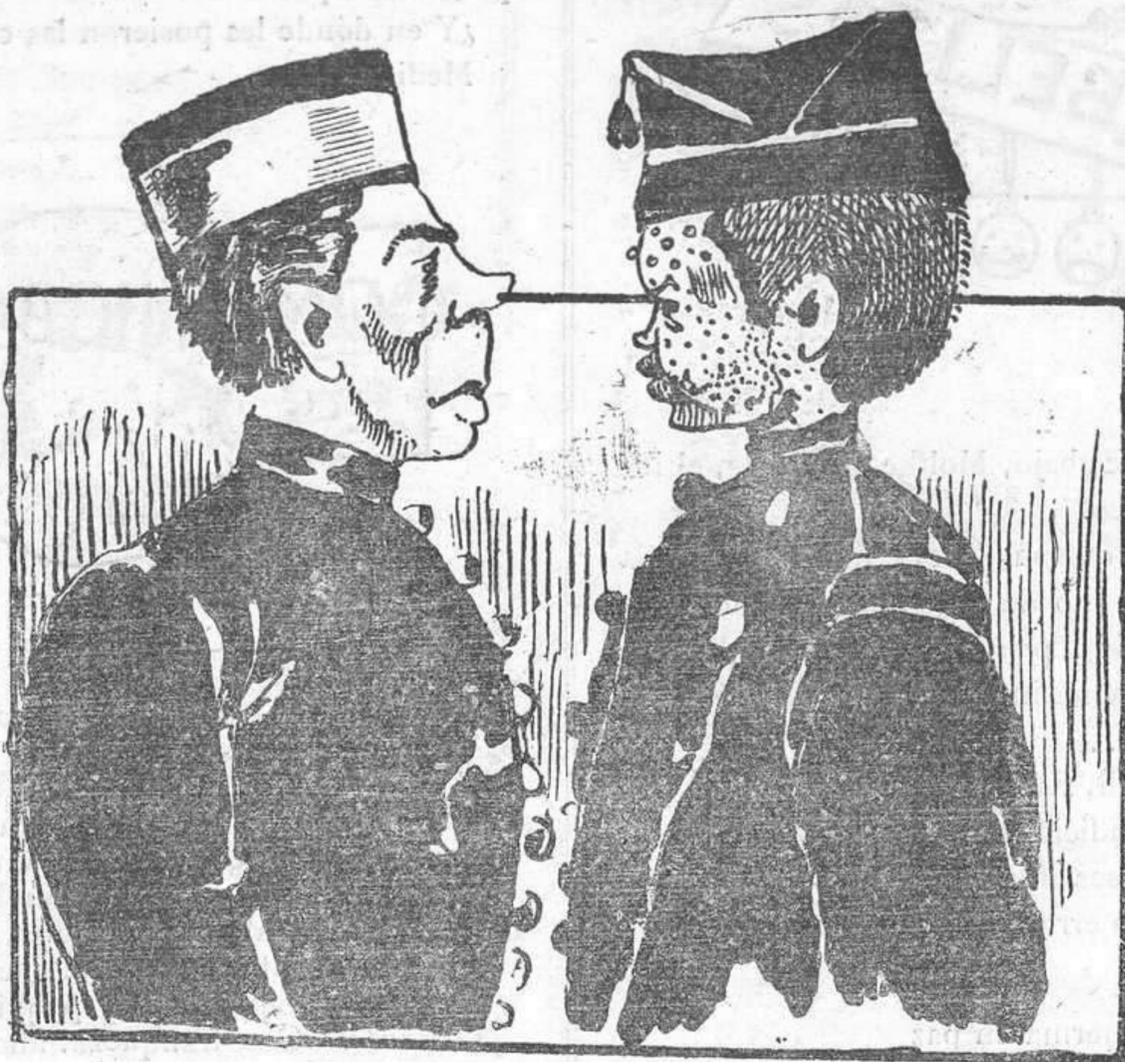
Sr. D. A. T. J.—¿Más articulitos? ¡Pero qué bromistas son Vds. todos los articulistas!

Ks-que-t.—Muy verdes.

Ton. L. T.—Valencia.—Sirve.

~~~~~

## EL MAYOR MÓNSTRUO...



—¿Y por qué te pega tanto el capitán, cuando sales con la capitana?  
 —Porque soy *mu* bruto, según dice; pero ¡míá tú si sabré yo que tiene celos!

## ANUNCIOS

## EL CASCABEL

SEMENARIO SATÍRICO ILUSTRADO

*Se publica todos los jueves y está redactado é ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.*

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN TODA ESPAÑA

Trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.  
 Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 12.

PRECIOS DE VENTA

Número suelto ó atrasado, 10 céntimos.  
 A vendedores y corresponsales, 6 céntimos.  
 No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 10 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Isidro, núm. 6 duplicado  
 (TELÉFONO NÚM. 260)

PUNTO CENTRAL DE SUSCRIPCIÓN  
**LIBRERÍA DE D. FERNANDO FE**  
 Carrera de San Jerónimo, 2

## VIUDA É HIJOS DE LA RIVA

IMPRESORES DE LA REAL CASA

CALLE DE SAN ISIDRO, 6 DUPLICADO

MADRID

**Especialidad en la impresión de trabajos administrativos y comerciales.**

**Ilustraciones, revistas, periódicos, tarjetas, billetes, programas, prospectos, etcétera, etc.**

IMPRESIÓN ESMERADA Y PRECIOS ECONÓMICOS

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores de la Real Casa, calle de San Isidro, núm. 6 duplicado.